

**EL MORDISCO
DE LA MEDIANOCHE**

ANABEL SAMANI

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *El mordisco de la medianoche*

© *Anabel Samani*

Edición publicada en octubre de 2020

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

**EL MORDISCO
DE LA
MEDIANOCHE**

ANABEL SAMANI

Para Pipa, lo mejor de aquí te pertenece.

— Índice —

LA BIBLIOTECA.....	13
<i>La sombra y la pesadilla</i>	31
LA BIBLIOTECA.....	45
<i>La cabaña</i>	47
LA BIBLIOTECA.....	89
<i>El Pozo de los Desesperados</i>	97
LA BIBLIOTECA.....	129
<i>El cuadro</i>	137
LA BIBLIOTECA.....	203
<i>La semilla</i>	207
LA BIBLIOTECA.....	291
<i>La muñeca nueva</i>	295
LA BIBLIOTECA.....	321
<i>Nota de la autora</i>	327
<i>Agradecimientos</i>	331

*Yo, que me figuraba el Paraíso
bajo la especie de una biblioteca.*

Jorge Luis Borges

LA BIBLIOTECA

Una medianoche más, el ruido ronco y profundo, como el de un trueno atrapado en una lejana montaña, me sacó del duermevela en el que me había instalado.

Tras encender la lámpara de tulipa anticuada que había a un lado del cabecero, parpadeé un par de veces, deslumbrada por la luz y atontada por el sopor del sueño.

Examiné mi cuarto sabiendo lo que iba encontrar. Muebles recios y oscuros del siglo XIX; un gran ventanal cubierto por tupidas cortinas de terciopelo verde que me recordaban a las que Escarlata O'Hara convertía en vestido en *Lo que el viento se llevó*; un enorme y amplio armario de madera que bien podría ser aquel que, a veces, conducía a la mágica Narnia; y ese aire melancólico de tiempo perdido que impregnaba cada rincón de la mansión.

Me eché una vieja rebeca sobre el camisón, me calcé las zapatillas y salí de mi dormitorio. Al igual que en noches anteriores, la luz del pasillo no funcionaba —el problema con el viejo interruptor, que hacía lo que le daba la gana cuando le daba la gana, era algo que Erik había prometido solucionar—, pero en lugar de volverme a la cama como en las otras ocasiones, decidí averiguar el origen del sonido que nadie más que yo oía cada medianoche.

Prendí el obsoleto quinqué que me había dado Erik, quien me había asegurado que era mejor que una linterna. Al principio yo no había estado de acuerdo: el aparato de latón pesaba al sostenerlo y, además, me había resultado complicado aprender a usarlo de la forma correcta. No obstante, empezaba a apreciar el romanticismo de su iluminación cálida y vieja, que tan bien encajaba en ese lugar anclado en el pasado.

Recorrí, con la luz ligeramente adelantada, el largo pasillo alfombrado de rojo. Dejé atrás varias habitaciones en desuso, cerradas desde antes de que mi abuela muriera, y descendí los escalones de la amplia escalera de madera que conducía a la planta baja. Avancé sin hacer ruido, silenciosa como la caída de una mota de polvo, prestando atención a cada peldaño para no tropezar en la semioscuridad que me envolvía.

La escalera terminaba en un amplio recibidor de suelo jaqueado en blanco y negro. Mi piel se erizó al poseerme un miedo irracional a la oscuridad que habitaba más allá de mi esfera de luz. Había dejado la niñez un par de décadas atrás, pero, en esa casa vetusta que todavía estaba conociendo, volví a sentir renacer los miedos infantiles a todo aquello que la noche podía esconder en su interior. Levanté el quinqué y di una vuelta completa sobre mí misma. Solo había penumbras arañadas por mi pesada antorcha.

Giré a la derecha y continué hasta pararme frente a la puerta de hoja doble que cerraba la habitación, situada justo bajo mi alcoba, de la que parecía proceder el enigmático sonido: la biblioteca. Antes de entrar volví a sentir que el vello se me erizaba bajo la ropa y levanté, en un gesto defensivo, el quinqué. Su luz amarilla se derramaba a mi alrededor envolviendo todo en una atmósfera de tiempo arcaico, aquel en el que las sombras acechaban en las horas sin sol como tiburones en el

océano y la luz del fuego no era más que un frágil salvavidas frente a ellas.

Avergonzándome de mi miedo sin sentido, giré el pomo dorado, adornado con una piedra roja que imitaba un gran rubí, y entré precedida de mi farol.

La sala era acogedora, no muy grande y con una chimenea enmarcada en piedra blanca que la calentaría en los días fríos que estaban por llegar. En el centro, había una larga mesa acompañada de cuatro sillas, con asiento de felpa verde, de la misma madera oscura que los muebles de mi habitación. A un lado de la chimenea dos sillones orejeros flanqueaban una mesa camilla sobre la que descansaba una lámpara de cuerpo metálico y pantalla de vidrio emplomado. Otro sillón más pequeño se situaba junto a la amplia ventana mirador que había frente a la puerta. Las cortinas de seda blanca, recogidas con una cinta de terciopelo esmeralda a juego con las butacas, dejaban entrar la luz plateada de una luna en cuarto creciente. Detrás de ellas se intuía la silueta de una pequeña escalerilla de tres peldaños.

Aparte de eso no había más que libros. Ni fotografías, ni cuadros, ni jarrones con flores secas. Solo libros que tapizaban las paredes de la estancia, desde el suelo hasta rozar las molduras del techo, amontonándose unos sobre otros como bellotas de mar en el casco de un barco. No cabía duda de que mi abuela, al igual que el resto de mi familia, había sido una gran lectora.

La luz de mi quinqué y la del gajo de luna daban vida, de forma inquietante, a sombras que emergían de los rincones y las zonas más oscuras. Encendí las dos lámparas de pared —iguales a las de mi alcoba— que guardaban la entrada, una a cada lado de la puerta. La biblioteca se bañó de luz suficiente como para convertir las sombras en pequeñas molestias fáciles de ignorar. Apagué el quinqué y lo dejé sobre la mesa.

Me acerqué a los estantes. Sobre la gruesa alfombra con motivos geométricos había un libro solitario, como si fuera un pajarillo caído del nido. Estaba boca arriba y cerrado, casi parecía colocado con intención. Me arrodillé y lo recogí con mimo; todavía me sentía extraña en esa casa donde prácticamente cada objeto podía haber formado parte de una sala de antigüedades. Tenía que acostumbrarme a la idea de que había heredado de mi abuela, a la que no había conocido, una mansión y todo lo que contenía, así como dinero suficiente para no tener que volver a trabajar si no lo derrochaba.

La cubierta del libro era de tafilete negro, con una media luna y letras en oro que anunciaban su título, *El mordisco de la medianoche*. Tenía aspecto de ser antiguo. No había sinopsis, como suele ocurrir en ese tipo de cubiertas, pero tampoco había ningún nombre de autor.

Al ponerme en pie vi, a la altura de mis ojos, el hueco discordante de su ausencia entre la legión de libros. Antes de ponerlo de nuevo en la balda, lo hojeé con reverencia. Pasé la guarda, recia, y llegué a una página de cortesía en blanco, luego a la portadilla, que solo contenía el título del libro. Al pasar esta nueva página, el aire me trajo un sonido como de hoja de otoño al ser pisada y un aroma confortable, y me encontré, sin más, con el índice. Había un total de seis capítulos. No logré imaginar qué historias podrían contener, sin embargo, algunos de los títulos, junto con el aspecto de la cubierta, transmitían que eran cuentos perfectos para ser leídos en las tardes tormentosas, en la víspera de Todos los Santos o junto a una cálida chimenea, a la luz de un fuego crepitante, en la noche del solsticio de invierno.

Pasé una nueva hoja dispuesta a empezar el primer relato, pero cambié de opinión. No era una buena hora para esos cuentos. Las agujas acababan de separarse tras haberse juntado en el número doce y los sonidos

del silencio nocturno perturbaban tanto como las sombras. Por la mañana, tras pasear por los jardines y disfrutar del aroma de las rollizas rosas, cuando se oyeran los trinos de los pájaros y la luz del mediodía entrara por el ventanal, cuando no hubiera sombras, ni grandes ni pequeñas, tal vez lo hojearía.

Apenas había alzado mi brazo para colocar el libro en su lugar, cuando una mano, fría y etérea, me agarró la muñeca impidiéndomelo. Retuvo mi mano un instante y después se desvaneció, dejando solo un dolor helado en la piel que había tocado. A la izquierda sentí nacer un frío propio del vacío y hacia allí me giré con el corazón latiendo acelerado. El libro se me resbaló cuando me quedé sin fuerzas para seguir sosteniéndolo; amortiguado por la alfombra, apenas hizo ruido alguno.

A mi lado estaba mi abuela. Reconocí a la mujer anciana de las fotografías, con su moño alto y tirante, con su largo vestido de viuda hasta los pies. Reconocí sus rasgos: la nariz romana y la barbilla poderosa, las arrugas y los labios finos. Toda ella formada por neblinosos jirones traslúcidos del color muerto de las fotografías antiguas. No recuerdo haber perdido el conocimiento, aunque eso fue lo que sucedió.

Desperté cuando unos rayos del color de las naranjas andaluzas llamaban a la puerta del este. No recordaba qué había sucedido para encontrarme tirada en el suelo, pero un pequeño chichón en la frente me refrescó la memoria. Tras quejarme de que en la vida real las personas no se desmayaran de forma tan inteligente como en las películas, con uno de los brazos bajo la cabeza, me incorporé poco a poco, desconfiada. En la biblioteca persistía un extraño frío. Busqué por la sala una figura incorpórea. No había nadie más que yo, la luz del amanecer y los libros acumulados por varias generaciones. El brazo derecho, allí donde mi abuela me había

sujetado por un momento, me hormigueaba. Levanté la manga del camisón. Para mi alivio, no había ninguna marca.

En la mesa estaba *El mordisco de la medianoche*, abierto por el primer cuento. Reticente, temiendo volver a sentir la mano fría sobre mí, lo cerré y lo coloqué en la balda de la biblioteca. Pero el fantasma no regresó.

Porque no dudé ni un solo instante de lo que había visto esa noche: el fantasma de mi abuela materna, la mujer a la que no había conocido en vida.

Con el quinqué apagado, subí las escaleras hasta mi habitación, para intentar dormir un par de horas hasta que el desayuno estuviera dispuesto.

* * *

Acabé despertándome poco antes del almuerzo. Me disculpé con Matilda por no haber bajado a desayunar. La mujer no le dio importancia y me preguntó si quería que me sirviera ya la comida. Estaba hambrienta y la sola mención de la palabra comida me hizo salivar.

Matilda era una buena cocinera y se esmeraba por adaptarse a mis gustos vegetarianos. La comida estaba deliciosa, un rico cuscús acompañado de espárragos a la parrilla y, de postre, rodajas de naranja espolvoreadas con canela.

Con el estómago lleno, mientras jugueteaba con los restos de la especia que manchaban el plato, empecé a darle vueltas a lo que había visto unas horas antes.

—¿Ha terminado, señora? —La voz grave de Matilda me devolvió a la realidad.

Matilda era una mujer delgaducha con dos pequeños ojos marrones un poco desalineados, como botones que alguien hubiera cosido mal, destacando en el rostro agrio y arrugado de quien ha chupado un limón. Con

sus finos labios sin color, el pelo gris, corto y repeinado, el uniforme austero compuesto por una falda oscura, recta hasta las rodillas, y una sencilla camisa blanca sin adornos, su apariencia no invitaba a pensar en ella como en una persona cordial; sin embargo, hasta el momento había sido, al igual que su marido, muy amable. Cierto que su trabajo dependía de mis futuras decisiones, pero parecía sincera en todo lo que hacía o decía. Se encargaba de cocinar y de mantener la mansión limpia, incluso las habitaciones cerradas y sin uso, que repasaba en profundidad una vez al mes, según me había asegurado; yo había entrado en casi todas y no tenía ninguna queja al respecto. Su marido, Erik, un finlandés tan rubio que casi parecía albino, muy alto y delgado, cuando me veía cerca se apresuraba a esconder la pipa, como si temiera que le prohibiera seguir con su pequeño vicio. No sabía dónde escondía la fuerza esa pareja a la que era imposible pillar disfrutando de un descanso. Si la mujer siempre estaba entre ollas y trapos, él andaba siempre comprando alimentos para la despensa o materiales para los pequeños arreglos que luego llevaba a cabo. Eran un matrimonio feliz, aunque a la antigua usanza. La tercera voz que se podía oír en el antiguo caserón, más grave aún que la de Matilda, era la de Helga, una prima del finlandés, bastante más joven que él, encargada de mantener los jardines tan hermosos como estaban.

Matilda, la más parlanchina, me había explicado que habían sido ella y su marido quienes se habían ocupado de mi abuela durante los últimos años, cuando nadie más lo había hecho. Yo había buscado algún signo de reproche en su ácido rostro, pero no lo había, era una mujer sin doblez alguna, directa y sin pelos en la lengua. Solo se había limitado a constatar un hecho.

—Sí, he terminado. Muchas gracias, Matilda.

—Es mi trabajo, señora.

Los días anteriores me había cansado de pedirle que no se dirigiera a mí de una manera tan formal y ya había abandonado toda esperanza de que eso ocurriera, así que no me molesté en pedirle una vez más que me llamara por mi nombre.

Matilda se acercó con un carrito para retirar la vajilla de porcelana fina. Colocó los platos uno encima de otro, los cogió y, tras sujetarlos un momento, los volvió a dejar sobre la mesa.

—Verá, señora, nos preguntamos si ya ha tomado una decisión sobre lo que hará con la casa.

Jugueteé con una miga del mantel, evitando mirarla.

—Lo siento, todavía no. Este lugar es precioso y mi abuela me ha legado una cantidad considerable de dinero, pero no sé si será suficiente para los gastos que conlleva su mantenimiento.

—Se refiere a nuestros sueldos, ¿verdad?

Definitivamente, lo de Matilda no eran las insinuaciones. «Las cosas claras y el chocolate espeso».

—Sí, en parte, sí —admití—, aunque hay mucho más a tener en cuenta.

—A mí me quedan cinco años para jubilarme, señora, y a mi marido, cuatro. Es cierto que a Helga le quedan bastantes más, pero si pudiéramos permanecer en la casa unos pocos años...

—Lo entiendo, Matilda. Recuerdo lo que me contó —la atajé— y haré todo lo posible por no vender la casa y por que los tres permanezcan en su hogar. No quiero ser la villana del cuento, pero necesito hacerme al menos una pequeña idea de cómo es vivir aquí y de todo lo que conlleva. También tendré que hablar con un abogado...

Matilda bufó.

—Un abogado le dirá que venda las tierras y la casa, y que aumente en varios ceros su cuenta bancaria.

Eso me dolió. Si hay algo que no puede decirse de mí es que me muevo por dinero. Cogi la servilleta de mi regazo y la solté en la mesa con un ademán brusco.

—Le aseguro que no es el dinero mi principal preocupación —le espeté con más rudeza de lo que me hubiera gustado—. Si fuera así, el principal ingreso que he tenido hasta ahora no procedería de mi trabajo como peluquera canina.

Matilda bajó la cabeza y pasó las manos por el mantel, alisando una pequeña arruga que se había formado al mover los platos.

—Lo siento, señora, no quería ser irrespetuosa.

—Y yo no quiero que crean que no le doy importancia a su situación —le aseguré—, de verdad, pero todo esto es nuevo, necesito algo de tiempo. Nunca he vivido en un lugar retirado, solo en ciudades, y desde luego nunca he tenido que ocuparme de una mansión que, por mucho que me haya dicho que es pequeña y que casi no merece ese nombre, es veinte veces más grande que cualquiera de los apartamentos por los que he pasado.

Matilda cabeceó asintiendo.

—Lo comprendo, señora. Discúlpeme. —Tomó los cubiertos y se dispuso, por fin, a retirar la mesa.

En ese momento, por un impulso, mientras la mujer trasladaba con rapidez los platos al carrito, le pregunté por mi abuela. Tras lo acontecido la noche anterior sentía una gran necesidad de saber más sobre aquella total desconocida para mí.

—Matilda, ¿cómo era mi abuela? —La mujer parpadeó dos veces ante mi pregunta—. Ya sabe que no la conocí.

Matilda movió de sitio los platos y los cubiertos, intentando acomodarlos mejor sin que en realidad hiciera falta, luego miró al frente y planchó con las manos la falda de su uniforme mientras elegía de forma evidente las palabras.

—Era una mujer de carácter —dijo al fin—. Si hacías las cosas como ella quería, no había ningún problema, de lo contrario, podías estar seguro de que te iba a caer encima un buen chaparrón.

Sus palabras, tan bien escogidas, confirmaban el hecho de que pretendían ocultar algo. Así que decidí ser tan sincera como ella.

—¿Era mala? —Mi pregunta sonó algo infantil, pero Matilda no la desdenó, sino al contrario, pensó la respuesta un buen rato.

—Era severa —matizó—. Y bastante caprichosa, pero con tanto dinero y siendo hija única, ¿quién no lo hubiera sido? Su carácter empeoró con la edad —explicó mirándome—. Los últimos diez años, diría que después de los setenta, se volvió bastante... gruñona. Cosas de la edad. Dicen que uno se vuelve sabio con el tiempo, que mejora. Tonterías. La gente es como el zumo de uva, con la edad se concentran las virtudes y los defectos, algunos se convierten en buen vino y otros en vinagre. Eso fue lo que le pasó a su abuela, se avinagró. Por favor, no se ofenda. —Matilda tiró de una manga de su camisa y luego de la otra, como si se le hubieran subido, aunque no había sido así—. Espero que a mí no me pase lo mismo. Veremos.

Si bien Matilda era un poco brusca y apenas la conocía, yo dudaba que fuera a volverse una tirana con la edad.

—Mi madre decía que me parezco a ella. Físicamente —aclaré.

Matilda me examinó un par de segundos moviendo la cabeza de un lado a otro. No lo debió de ver claro, porque después, para mi sorpresa, me cogió por la barbilla y me giró la cabeza a derecha e izquierda.

—Tiene un aire, es cierto. Puede comprobarlo en los retratos y fotografías que hay en la casa. Aunque, sinceramente, no me parece que tengan mucho en común, sobre todo en cuanto al carácter. Y lo digo como algo positivo.

Recordé el rostro de la biblioteca, más severo aún que el de las fotografías que había visto en la casa. Me alegré de que Matilda no viera en mí parecido con aquel perfil duro.

—Fue usted quien la encontró cuando falleció, ¿verdad?

Matilda cruzó las manos delante de su falda y miró al frente.

—Así es. En la biblioteca, la estancia donde más horas pasaba, al menos hasta el último año, cuando ya casi no podía caminar. Le gustaba leer, pero la vista le fallaba. A veces nos pedía a alguno que le leyéramos, pero se cansaba enseguida de nosotros y nos echaba. Decía que no lo hacíamos bien. —Bajé la vista, avergonzada por el comportamiento despectivo de mi abuela, me abochornó su actitud—. En realidad, tenía razón. No somos grandes lectores, siempre hemos estado trabajando. Leemos con lentitud y a veces nos trabamos. —Volvió a repasar las inexistentes arrugas de su falda—. La encontré en la biblioteca con un libro abierto. No dormía bien, suponemos que se emperraría en bajar a leer y que a causa del esfuerzo sufrió el infarto. Tuvo que ser complicado para ella llegar hasta allí sola. Como le digo, le costaba caminar, y había perdido mucha musculatura. Pero tenía una voluntad de hierro, eso no se lo puede negar nadie.

—¿Recuerda qué libro tenía abierto mi abuela?

—Me temo que no. Lo siento, señora.

—Da igual, muchas gracias.

Matilda terminó de recoger con la rapidez y eficacia que dan los años de experiencia, y se llevó el carrito hasta la puerta de la habitación que en otro tiempo se había empleado como recoleto comedor para desayunos y meriendas, pero que era, desde hacía mucho, el único que se usaba. No quise dejarla marchar sin aquietar un poco el desasosiego por su situación.

—Matilda, prometo que en cuanto sepa qué hacer con esta casa se lo diré, y prometo no hacer nada antes de hablarlo con ustedes.

Matilda me sonrió formando más arrugas en sus mejillas, abrió la puerta y empujó el carrito con los restos del almuerzo que también había sido mi desayuno.

—Muchas gracias, señora.

Yo no la seguí. Me quedé allí sentada, pensando en aquella vieja mujer de la que mi madre no había hablado más que en contadas ocasiones y que, por lo visto, había sido una lectora tan empedernida que en su vejez, cuando sus ojos, como soldados rebeldes, se habían negado a ejecutar su misión, había obligado a alistarse a nuevos reclutas que no habían dado la talla ante sus altas exigencias. Una mujer con una voluntad de hierro que había ido a su lugar predilecto para morir.

Una lectora tan ávida que había regresado, después de muerta, para abrir su último libro. Porque algo me decía que *El mordisco de la medianoche* había sido su última lectura.

* * *

Me quité las sandalias y caminé por los jardines que rodeaban la mansión sintiendo la hierba perfectamente

cortada cosquillar en mis plantas y disfrutando de la visión y los aromas que me rodeaban. Helga lo tenía todo precioso.

Había zonas de flores y coloridos parterres, y zonas de frutales donde predominaban los manzanos, perales y cerezos. Había un pequeño laberinto de seto verde donde no me había atrevido a entrar. Había árboles perennes que mantendrían sus hojas a lo largo del año, y otros de hoja caduca que las perderían tras ponerse rojos, naranjas, marrones y amarillos.

Me senté en uno de los bancos de piedra desperdigados aquí y allá, a contemplar. Simplemente a contemplar.

La tarde de primavera pasó deliciosa y lenta. Llevaba conmigo un libro ilustrado de *La historia interminable*, aunque no lo abrí. Dejé el tiempo marchar contemplando cómo el sol se movía en el cielo y la luz viraba de color según avanzaban las horas; primero amarilla, después anaranjada, más tarde rosada.

Frente a mí había una pequeña fuente de piedra que representaba una ninfa montada sobre el lomo de un delfín. El rumor del agua regalaba una caricia relajante que invitaba a la quietud. El aroma de las flores cercanas, que atraían a los insectos libadores, se concentró durante el ocaso, al igual que los trinos de los carboneros y los petirrojos, que tomaban posiciones en sus ramas predilectas compitiendo en fuerza vocal con los verdicillos y otros insistentes cantores.

Solo cuando el cielo adquirió un tono malva y ya no se veía el sol, decidí entrar en casa.

Esa era una buena vida, una vida contemplativa. No se me ocurría qué más podría necesitar para ser feliz.

Si vendía la casa, podría comprarme otra más moderna, y con el remanente tendría no solo para vivir sin

preocupaciones, sino incluso para comprar un barco pequeño, invertir en arte, encapricharme del último móvil, acumular cientos de zapatos en el armario y tener una cuenta con varios ceros durmiendo en el banco. Pero ¿para qué quería un barco si allí oía un coro de aves cantar con la dulzura del mar? ¿Para qué quería cuadros en mis paredes si tras las ventanas tenía un arco iris de colores naturales? ¿Para qué necesitaba cientos de zapatos si podía caminar descalza a todas horas y sentir las briznas de hierba bajo mis pies?

Entré sabiendo que acababa de tomar una decisión.
Esa sería mi casa.

* * *

El reloj con carrillón del salón dio doce campanadas. Desde mi habitación no se oía, pero sí desde la biblioteca, en donde estaba sentada en una de las sillas de madera, tensa, como un detective acechando a su sospechoso, esperando el momento en que mi abuela apareciera.

Vi que el libro caía sobre la alfombra sin producir ningún ruido, aunque no distinguí nada, ni a nadie, que lo hubiera tirado. Simplemente resbaló de la balda como si hubiera estado tambaleándose en el filo del estante. Descalza, sintiendo la suavidad de las fibras de la alfombra, tan diferente a la de la hierba, rodeé la mesa y lo recogí. *El mordisco de la medianoche*.

Me senté de nuevo con el libro abierto en el primer capítulo y con todas las lámparas de la sala encendidas, incluso me había traído mi viejo quinqué, cuya luz era del todo superflua en una estancia tan iluminada. No había ninguna sombra en la habitación. Estaba dispuesta a hacer algo por mi abuela, algo que intuía que ella

necesitaba, pero precisaba hacerlo sin ninguna negrura acechándome.

Así sentada, entre luces artificiales y acompañada solo por esos ruidos nocturnos de las casas viejas que recuerdan a la respiración achacosa de los ancianos, esperé a que la figura incorpórea de una mujer de mirada orgullosa y mandíbula cuadrada se materializara delante de mí.

Pasaron los segundos en los relojes, tal vez incluso algún minuto, pero nada sucedió. Sintíéndome decepcionada, y también un poco estúpida, volví a colocar el libro en su sitio, entre dos antologías de relatos de monstruos míticos.

Cogí el quinqué y me dirigí a la puerta dispuesta a abandonar la sala. Fue justo al poner mi mano sobre el pomo con la piedrecita roja cuando el potente trueno retumbó en la biblioteca.

Al darme la vuelta, *El mordisco de la medianoche* reposaba abierto sobre la mesa.

El pulso se me aceleró cuando vi cómo de la madera de los árboles muertos que formaban la biblioteca, de la pasta de papel que la llenaba, surgía una cabeza con el rostro enfurruñado de mi abuela. A continuación, su cuerpo traspasó el sólido material. Salió con una determinación inflexible y se acercó hasta mí solo para diluirse y desaparecer dejando tras de sí hilillos de humo, como los que deja el sol del mediodía al atravesar la niebla de un embalse, y un aire frío.

Un instante después volví a verla, de pie, sobre la mesa. Su figura traslúcida no tocaba el mueble. La luz brumosa del color del papel viejo que le daba entidad se alzaba metro y medio sobre la mesa, más o menos la estatura que debía de haber tenido en vida; a través de ella podía intuirse la ventana que había detrás. En sus

manos sujetaba un bastón etéreo con empuñadura redonda.

La temperatura había bajado en la habitación, aunque no tanto como creía recordar. Aun así, me puse la rebeca de lana que había dejado colgada del respaldo de una silla y me arrebujé en ella en un gesto que pretendía serenarme. Si bien era justo lo que esperaba que sucediera, verla resultaba antinatural, y la inquietud me había golpeado con más fuerza de la que había anticipado.

Mi abuela levantó el bastón y golpeó con él la mesa. El choque produjo el atronador sonido que me había despertado cada medianoche. Me pregunté cómo esa figura que parecía tan inmaterial, de tan poca entidad, podía producir ese sonido, e incluso ser capaz, pensé mirando de reojo mi muñeca, de apresar mi brazo.

Dio otro bastonazo. En su cara había una expresión entre enfadada y ansiosa. Las arrugas marcadas resaltaban su edad y la piel poseía cierta flacidez anormal, como si no se ajustara perfectamente a los huesos. Una impecable rueda, de la que no escapaba ningún mechón, coronaba su cuero cabelludo. Su figura redondeada tenía, o había tenido, algún kilo de más. No obstante, eran los ojos, de los que no se adivinaba el color en ese negativo en sepia, lo que captaba la atención, penetrantes y arrogantes. El vestido era largo, suelto, también sin más color que el de la luz fantasmal, rematado con puntilla en el cuello de Peter Pan y en las anchas bocamangas. Había sido negro y eran varias las fotografías en las que lo llevaba.

Todo, cada detalle, estaba definido con claridad a pesar de no haber nada de carne o tela formando la imagen, solo ese resplandor de color añejo.

El tercer bastonazo produjo un sonido más fuerte. Me senté rápidamente en una de las sillas, delante del libro, como una alumna cogida en falta por la maestra.

Miré la puerta esperando que Matilda, Erik o Helga entraran alarmados por el estrépito. Tragué saliva con dificultad y di bocanadas al aire, bebiéndolo más que respirándolo. Nadie entró.

El estómago se me había encogido y lo notaba pesado como si hubiera comido piedras. Sentía presión en la vejiga y un retortijón formarse en el vientre. Haciendo uso de un valor bastante raquíutico, miré hacia arriba y le hablé.

—¿Eres mi abuela?

La figura fantasmal frunció el entrecejo y apretó los labios formando un millar de pequeñas arrugas en su frente y sus mejillas. Desde lo alto de su posición me dirigió una mirada severa y hastiada. Dio otro bastonazo sobre la mesa, provocando que diera un bote en mi asiento. Temí haber dejado escapar un par de gotas de orina. Tragué saliva otra vez.

—¿Qué quieres?

Se deslizó hacia mí a la vez que, girando sobre sí misma con un grácil movimiento de vals, iba penetrando en la mesa, descendiendo lentamente hasta que sus pies se situaron a nivel del suelo. Después, se sentó en la silla que había a mi lado, pero al mirar por el rabillo del ojo vi que flotaba unos centímetros por encima del asiento. Aferraba con rigidez el bastón delante de ella, atravesando la mesa con él y con las manos que lo sujetaban. Me señaló el libro con un gesto de la barbilla.

—¿Quieres que te lea este libro? —pregunté para asegurarme de que había interpretado bien lo que cada noche intentaba decirme.

La expresión de la figura se relajó y afirmó.

—¿Es lo que hacías cuando... te dio el infarto? ¿Leer este libro?

La luz fantasmal, de la que emanaba un frío no del todo desagradable, como el de la brisa de las cumbres a finales del otoño, volvió a asentir con la cabeza.

Sentí tanta admiración por ella como lástima: una mujer de carácter que había ido perdiendo a su familia por riñas y muertes prematuras, una mujer con la voluntad suficiente para quedarse en el mundo, cuando ya no tendría que estar en él, esperando terminar lo que había empezado. Debido a decisiones que otros habían tomado por mí, en parte a causa del orgullo de mi madre, en parte a causa del orgullo de mi abuela, no la había conocido en vida; quizás pudiera, aunque fuera un poco, enmendar ese error.

—Está bien. Empecemos la lectura.

Leí el título del primer cuento en voz alta.

—*La sombra y la pesadilla.*

La sombra y la pesadilla

Veo los sueños. No los creo, no los alimento, tampoco los oigo; solo los veo nacer, crecer y morir.

No es algo agradable, por eso no he tenido ni una infancia ni una juventud normales. Nunca he querido ir a dormir a casa de ninguna amiga, ni he tenido fiestas de pijamas. Porque después de los cotilleos y los videojuegos me encontraría en una habitación rodeada de dolor, angustia y frustración emanando de las mentes de mis compañeras de cuarto.

La mayoría de los sueños de la gente no son bonitos. No hay unicornios blancos o peluches cariñosos, tampoco mariposas de colores revoloteando por campos verdes, no rebosan amor y risas. Lo que hay son persecuciones en las que las piernas no consiguen despegarse del suelo, monstruos cazadores, criaturas malévolas; hay humillaciones, venganzas, golpes, gritos y lágrimas. No todos alcanzan el nivel de pesadilla, esas alucinaciones vívidas que exprimen nuestra angustia y nos hacen emitir chillidos ahogados que no llegan a salir de la garganta. Aun así, la mayoría los siento como malos sueños, esos que te envuelven en un sudor febril, que casi no se recuerdan al despertar y que al alba solo dejan un vago recuerdo disolviéndose en las brumas de la mañana.

Yo los veo acumularse y crecer. Son como hebras de niebla de colores tan intensos que puedo distinguirlos

perfectamente en la oscuridad de la noche. Penetran en la mente del durmiente y allí, tras recoger recuerdos, deseos, miedos y sensaciones, forman películas invisibles a los ojos de los demás, pero a los míos (incluso cerrados), claras como la luz del sol.

Al principio pensaba que estaba loca. Creo que mis padres también empezaron a pensarlo cuando les describía cosas que ellos eran incapaces de percibir. Hasta que, una noche, entendí lo que me sucedía.

Había cumplido nueve años, me acuerdo del sabor de la tarta y de las chispas de las pequeñas bengalas sobre la nata. Después de pasar la tarde en el parque de atracciones, mi padre se quedó dormido en el sofá. Las hebras de niebla se formaron alrededor de su cabeza y se introdujeron a través de su piel. La niebla desapareció, siempre es así, y después surgió de nuevo. Era una pesadilla de colores desvaídos en la que su jefe le insultaba y le pegaba con una cafetera. Aunque no soy capaz de percibir ningún sonido de los sueños, sentía que le estaba gritando. Los brazos y las piernas de mi padre se agitaban en un baile sin coreografía intentado escapar, pero no podía alejarse atrapado como estaba en las telarañas de su sueño. Cuando despertó, tenía la frente húmeda de miedo y yo me lancé a sus brazos.

—No pasa nada, nena, solo fue una pesadilla —me dijo—. Estaba en la oficina y mi jefe me estaba dando una tunda. Con lo bueno que es el pobre. —Como mi llanto no se calmaba, me dio un golpecito en la nariz—. No puede uno quedarse dormido en el sofá con el estómago vacío, eso atrae a las pesadillas. Vamos a picotear algo.

Esa noche empecé a entender mi don, o mi maldición. Y aprendí a callar mi secreto.

Desde que tengo memoria, he visto cientos de historias. Duran minutos, aunque al soñador le parezcan

una eternidad. Y son tan tristes que no quiero estar presente cuando suceden. Pero, aunque limite el contacto, siempre hay un soñador a mi alrededor. Un amigo dormilón de la guardería, un compañero de instituto que considera las matemáticas muy aburridas o uno de la facultad a quien la bioquímica se le hace excesiva tras una noche de juerga; un viajero en el bus o en el tren, un trabajador a turnos en la sala de espera del médico, un bebé en el carricoche (sí, ellos también tienen sueños, sencillos, dulces, vacíos y tímidos; están aprendiendo todo, también a soñar). Gatos, pájaros, perros...

Mi perra, Prim, también sueña. No hay nada en su mente que me acelere el corazón, aunque no consigo percibir sus sueños tan claros como los de las personas. Distingo moscas y ratones, una carrera veloz por el campo, la alegría de la búsqueda de los grillos escondidos en sus madrigueras y, solo a veces, una tormenta o una pelea con algún perro del vecindario. Entonces, cuando sus quejidos son más agudos de lo habitual, la despierto suavemente, acariciando su pelaje del mismo color pardo que el de su padre, un pastor alemán, pero con la textura rebelde de su madre, una vivaracha fox terrier.

Mi don era el motivo por el que no quería ir al campamento obligatorio de la asignatura de Botánica. Lo intenté todo. Prometí hacer trabajos, recoger especímenes para el herbario, hacer los trabajos como si hubiera ido, pero no tuve éxito.

Solo era una noche fuera de casa durmiendo, los veinte alumnos de mi grupo, en una habitación de literas dobles en un edificio de la Universidad. Todo el mundo estaba contento. Menos yo.

A la una ya estábamos en la cama, demasiado cansados después de una difícil caminata de veinte kilóme-

tros recogiendo flores y hojas de árboles para nuestro herbario.

Los sueños fueron acudiendo al reclamo de los durmientes, que los llaman sin saber cómo. Decenas de jirones de una especie de niebla pintada de diversos colores, vibrantes en la oscuridad del cuarto, se formaron naciendo de la cabeza de cada uno de ellos, y penetraron después por sus poros de la frente y las sienes. Tras unos minutos, la niebla salió de nuevo, como siempre ocurre, replegándose alrededor de la cabeza de la que había surgido, girando en un torbellino de colores que poco a poco tomaba forma.

Para mí son como cortes de películas que se desarrollan en miniatura sobre la cabeza del durmiente, con pocos actores y un paisaje bastante borroso y confuso por lo común. Algunas escenas son efímeras, otras crecen y se abren en tramas tan complejas que me sorprende de la rapidez con la que la gente las olvida al levantarse. Pero todas tienen color, no hay sueños en blanco y negro, y todas tienen movimiento.

Aquella noche de campamento presencié cortometrajes basados en peleas con los padres, con los hermanos, pesadillas con accidentes del autobús en el que viajábamos o con suspender exámenes que ya estaban aprobados del año anterior. Solo un par de buenos sueños. Una chica que soñaba estar en África, montaba un león blanco y reía. Otra estaba en una feria de verano cerca del mar, disfrutando de un algodón de azúcar en un carrusel, un poderoso recuerdo que se había introducido en las nieblas de su sueño.

En medio de todos ellos uno destacó como un fuego en la noche. De un chico rubio que dormía en la litera que había a mi lado, a medio cuerpo de distancia, cuyo nombre no recordaba, emergió una niebla densa y de color escarlata que se apiló en torno a su frente y bailó a

su alrededor sin formar ningún teatro. Era igual que contemplar un río de sangre coagulada. Se movía ondulante, con la cadencia de una marea roja.

Percibí, aunque no exactamente con la nariz, un tufo picante, agrio, que provenía de la cama del chico de pelo amarillo. Ningún sueño desprendía aroma, pero ese olía a matadero olvidado, a animales pudriéndose y siendo devorados por gusanos.

Ese sueño era diferente a todo lo que había visto hasta ese momento. No solo tenía olor, tenía una corporeidad especial, distinta. Parecía... real. Sangre real.

La niebla roja y espesa empezó a desprenderse de las proximidades de aquel que la había creado. Se desenrolló igual que una sinuosa serpiente y, palpando el aire, como si este estuviera formado por escalones, descendió hasta la litera inferior. Allí dormía, entre pequeños ronquidos, David, un chico amable que caía bien a todo el mundo. Estaba soñando con una fiesta extraña, había monstruos peludos y mujeres de cara verde, y él escapaba de ellos.

La sangre soñada por el chico de la litera superior se introdujo en la pesadilla de David. Se deshizo en numerosos tentáculos que aprisionaron cada imagen ahogándola en su interior. Las envolvió con la facilidad con la que un mar sanguinolento se traga una barca en una noche de tormenta.

Cuando ya nada quedaba de la pesadilla carnavalesca, los hilos bermejos se introdujeron por el rostro de David. Pronto volvieron a salir formando una rojiza nube, opaca y espesa, en continuo movimiento, pero sin formar ninguna escena.

Estaba muda contemplando lo que sucedía. El sueño de una persona oprimiendo el de otra y tomando posesión de él hasta el punto de lograr introducirse en

la mente del durmiente. Nunca había presenciado nada como eso.

Pronto dejé de sorprenderme. El chico de la litera de abajo empezó a convulsionarse. Las nieblas del sueño se habían enrollado en su garganta como una bufanda de color carmesí. Al tiempo que el olor a cadáver se intensificaba, la bufanda iba apretando la garganta de David. Se llevó una mano al pescuezo, intentando librarse de la tela inexistente que le impedía respirar. Agitó las manos, en sueños, en pesadillas, y sus piernas patearon con fuerza a la nada.

Se estaba muriendo. Se estaba ahogando.

Le estaban asesinando.

Al entenderlo bajé de un salto de la litera e hice lo único que sabía hacer. Lo que hacía con Prim.

Le cogí por los hombros, lo sacudí y le llamé por su nombre, pero no se despertaba y la niebla asesina se contraía cada vez con más fuerza alrededor de su garganta. Su rostro enrojecía y se empezaba a hinchar. Su boca estaba abierta, luchando por atrapar el oxígeno del aire. Sus ojos, sin embargo, seguían cerrados.

Con un esfuerzo, le saqué de la cama y le tiré al suelo. Ni siquiera así despertó, y la niebla del sueño seguía asfixiándolo. Le abofeteé. Siguió atrapado en el sueño.

Las voces de mis compañeros comenzaron a mandarme callar, a protestar por el ruido que estaba haciendo. Yo grité desesperada: «¡Se muere!».

Alguien, no sé quién, encendió la luz del cuarto. David continuó dormido. Una chica, que dijo que sabía primeros auxilios, me apartó. Le introdujo los dedos en la boca para buscar algún objeto con el que se estuviera atragantando. No podía ver las nieblas del sueño.

David se estremecía y se agitaba, se ahogaba atrapado en una criminal pesadilla mientras sus compañe-

ros lo contemplábamos, despiertos. Me giré hacia el asesino.

El chico rubio seguía dormido, en su litera, con un rictus contraído en su rostro. Las nieblas seguían emanando de él, de su sueño, de su pesadilla. De un salto me puse a su lado.

— ¡Déjale en paz! — le ordené.

La mueca de su rostro se volvió despectiva. Llena de una rabia que no había sentido hasta ese momento, tiré de él como antes había hecho con David. Su caída contra el duro suelo de baldosa moteada, desde una altura de más de un metro, le despertó.

— ¡Respira! ¡Bien, David! Bien — oí decir a la chica que me había apartado, la que soñaba con un león blanco.

— ¡Dejadme pasar! — era la voz de uno de los profesores, que dormían en otras habitaciones.

El chico rubio de nombre desconocido se levantó lentamente, sacudió la cabeza como hace Prim cuando está mojada, y abrió los ojos. Eran de un frío azul acera-do. Los clavó en mí como dos puñales.

— ¿Quién eres? — me preguntó con una voz tan fría como sus ojos. Yo solo tragué saliva, demasiado asustada ante algo que no entendía—. Da igual. Cuando te vuelvas a dormir, no despertarás.

Se alejó de mí y se dirigió hacia David intentando confundirse con los demás. Entonces recordé que ese chico se llamaba Víctor y que había salido con Lía, una chica que había muerto de un ataque al corazón unos meses antes. Mientras dormía.

Me quedé parada y sin voz. Amenazada por alguien que controlaba sus sueños y poseía los de otros. Alguien que no quería que yo supiera quién era ni que me entrometiera en sus asuntos.

Intenté escapar de Víctor yendo el fin de semana a casa de mis abuelos en el pueblo, con la intención de quedarme hasta que se me agotaran las excusas. Hice todo lo que se me ocurrió para evitar el sueño, igual que los personajes de *La invasión de los ladrones de cuerpos*. Pero, como ellos, acabé sucumbiendo. El sueño nos acaba venciendo a todos. No hay nada más poderoso en el mundo que el sueño. Salvo la muerte.

Tras dos noches, a pesar de la cafeína que había tomado, me dormí.

Me desperté sobresaltada en la cama, enfadada conmigo misma por haberme dormido. El reloj despertador marcaba la medianoche. Me pasé la mano por la frente. Estaba empapada de sudor caliente, al igual que mi espalda. Tenía la boca seca y estropajosa, como si me hubiera dedicado a tragar bolas de grava, y unas acuciantes ganas de ir al baño. Me levanté acompañada de Prim, que siempre dormía al lado derecho de mi cama. De camino al aseo, una luz que se filtraba por el pasillo me hizo cambiar de rumbo. Fui hasta la cocina. Desde allí pude ver que en el jardín algo emitía un resplandor rojizo. Supe de dónde provenía sin ni siquiera pensarlo. La sed y las ganas de ir al baño desaparecieron.

Víctor venía a por mí.

Prim comenzó a ladrar. Le chisté para que se callara y no despertara a mis abuelos. Tenía que enfrentarme a Víctor, ya que esconderme en su casa no había servido de nada y no podía ponerlos en peligro. Salí acompañada de Prim, que caminó fielmente detrás de mí y se situó a mi lado nada más cruzar el umbral de la puerta.

Frente a nosotras, a la luz de la luna llena, en mitad del jardín de hierba y flores fragantes, se alzaba Víctor envuelto por una vaporosa nube del color de los rubíes derretidos en un mar de magma. De él emanaba el mismo olor a matadero que había percibido mientras

asfixiaba a David. Era una visión aterradora, como contemplar un demonio fugado del infierno.

Levantó la mano derecha y la introdujo en el interior del aura escarlata. Esta se densificó alrededor del lugar donde la tocó y se convirtió en una especie de líquido coagulado. De ello extrajo una veta del grosor de una cuerda que enrolló en su puño.

Prim, sin un gruñido de aviso, se lanzó a por el chico acosándole con amagos de mordiscos, intentado intimidarle. Víctor ni la miró. Sus ojos de acero no se desprendían de mí.

La llamé a mi lado con un grito firme. Acudió, a pesar de que creí que no me obedecería, furiosa y asustada como estaba. Junto a mí, agachó la cabeza y arrugó los belfos mostrando sus colmillos color marfil. Con su pelo, corto y áspero, erizado desde la cruz hasta el nacimiento de su larga cola, ahora erguida, amenazante, parecía mucho más grande que su tamaño de pequeño fox terrier. Mi valiente Prim.

El hombre, enredado en su nube de terciopelo carmesí, mostró unos dientes afilados de depredador nocturno. De su boca escapó más de ese aire pútrido y noté una humedad mojar mi entrepierna.

Me di la vuelta y comencé a correr, pero, al igual que ocurre en los sueños, las piernas me pesaban y se movían con exasperante lentitud. Algo me apresó la garganta, quemándome como un látigo venenoso. Caí sobre la hierba notando que el aire no entraba en mis pulmones, pero solo un segundo, después el látigo me dejó libre.

Encima de la tira de sangre coagulada estaba Prim, mordiéndola con saña. Sus pequeñas fauces salpicaban el aire nocturno de saliva espumosa. Víctor bramó frustrado y recogió su látigo carmesí.